

los y las devastaciones volveríamos al estado salvaje.

Y este retroceso sería también la consecuencia última del sistema burgués. De hecho, si el hombre individual lo domina todo, ¿por qué uno podría reducirnos al hombre prevaletado de su posición económica y el otro no podría hacer uso de su fuerza o de la astucia matando, estudiando, pisoteando, oprimiendo de mil modos la humana personalidad?

Y puesto que es indudable que el régimen burgués se deshace, que las masas se cansan y comienzan a tener conciencia de su situación y que un día u otro la revolución estallará en todos los países, ¿cómo se explicaría el socialismo, que es el amor y la fraternidad sustituyéndose al odio y al aislamiento, no tan sólo liberta y dignifica a los oprimidos, si que también salva y dignifica a los mismos opresores. Gracias a los objetivos claros y a los sentimientos generosos que encierra el socialismo, diluendiéndolos entre el pueblo, la destrucción del régimen burgués tal vez se salve de inútiles y feroces matanzas, y aquella revolución que señalará el maravilloso avance de la civilización, no correrá el peligro de transformarse en un movimiento inconsciente y salvaje que significaría una espontánea regresión.

Si, mal aconsejada la clase que en visperas de ser vencida y abatida, hace un llamamiento a la generosidad, de aquel amplio sentimiento de humana solidaridad que mañana será su condenación como clase, si pero será asimismo la única salvación personal para sus miembros.

Aquí terminaríamos este artículo si el argumento tratado no nos hubiese recordado una polémica debatida recientemente entre nuestros compañeros: la de entre los partidarios del egoísmo y los partidarios del altruismo.

Verdaderamente en aquella polémica, a pesar de las afirmaciones contrarias de casi todos los que tomaron parte en ella, nosotros creemos que en el fondo no hubo más que una cuestión de palabras, renovación de viejas discusiones de escuela que hace tiempo debían haber quedado relegadas a los museos del bizantinismo.

No somos hombres civilizados y con mayor motivo socialistas, si no se siente, por necesidad casi inconsciente del propio ser, amor a los semejantes, si no sufrimos con los ajenos dolores y no gozamos con los gozos de los demás.

Este sentimiento de simpatía hacia los hombres, que algunas veces llega hasta el sacrificio del propio bienestar y de la propia vida, forma ciertamente parte de nuestra ser moral, o —si se prefiere una frase más pretenciosa— constituye una necesidad de nuestra vida nerviosa, y su explicación es una satisfacción de nuestro yo: por lo tanto, puede muy bien llamarse egoísmo. Pero es un egoísmo de especie superior, diferente de la del bruto que no siente más que el instinto de conservación de sí mismo y no ha conocido aún hábitos de simpatía con el mundo que le rodea; a esta especie elevada de egoísmo se ha dado el nombre de altruismo, que a nosotros nos parece muy útil adoptar, porque evita el inconveniente de tener que llamar con un mismo nombre dos modos de sentir que, si bien parten de un mismo origen, representan dos estados diferentes de la evolución psíquica y social.

Con todo, que se prefiera el título de egoístas o el de altruistas, nos parece que esto no es motivo para que haya divisiones entre nosotros, ni confusión con los burgueses, siempre, empero, que el socialismo esté en nuestros corazones y no se convierta en una palabra vacía, buena para cubrir ambiciones y miras personales que no tienen nada de socialístico.

Todos los seres sanos tienden al propio bienestar, al más completo desarrollo de la propia personalidad; pero la diferencia entre nosotros y los burgueses, entre los socialistas y los vulgares luchadores por la vida, está en que nosotros queremos juntamente a nuestro bienestar y a nuestro libre y completo desarrollo, el bienestar y el desarrollo de todos los demás seres humanos, mientras que los burgueses no piensan más que en sí mismos. Nosotros sentimos tanto la necesidad del bienestar ajeno que a menudo le sacrificamos el nuestro, mientras que el burgués —el burgués tipo— sacrifica a los demás en aras de su propio egoísmo.

Cuando, dejando a un lado diferencias y cuestiones de palabras, reentramos en el torrente de la vida, ¿no nos reconocemos, por ventura, hermanos según nuestro modo de pensar y de sentir?

No nos comovemos acaso al recordar a nuestros mártires que sacrificaron la vida por la redención de la humanidad? ¿No nos indignamos cuando vemos los sufrimientos ajenos aunque no suframos personalmente? ¿No sentimos impaciencia con la esperanza de las luchas que tendremos que librar a pesar de que sabemos que no recogeremos nosotros los frutos? ¿No luchamos todos los días de modo lento, pero continuo, sin más galardón que los sufrimientos que nos acarrea, tanto físicos como morales? ¿No nos apasionamos por la solución de problemas científicos o sólo interesarán a nuestros nietos o a los nietos de nuestros nietos que no conoceremos?

Todo esto demuestra que hemos llegado a una altura de sentimientos morales, de la cual no podrán hacernos descender los sofismas ni las nebulosidades con las que, por un extraño fenómeno de atavismo, nos esforzamos a veces en atormentar nuestros cerebros.

No nos privemos de aquello que constituye lo mejor de nuestra fuerza, que es la señal de nuestra superioridad; no nos engañemos nosotros mismos. Dejemos que la burguesía se empante y muera en el culto del interés individual; vivamos nos-

otros lo más posible la vida moral de que seamos capaces.

Creyendo algunos compañeros, sin razón según nuestro modo de ver, que hacían, como dicen, positivismo científico, quisieran proscribir (en teoría, claro está) todas aquellas tendencias afectivas, aquella necesidad de simpatía, de desinterés, de solidaridad, a que se suele dar el nombre de sentimientos. Y se preguntan: ¿puede que el hombre es un producto, tanto físico como moralmente, de la selección, ¿de dónde puede venir la idea de solidaridad, que es el sacrificio del propio interés al interés de los demás? Este sentimiento es contrario a la conservación inmediata de la lucha por la existencia y no puede existir sin admitiendo la creación divina y la conservación de la humanidad por obra de la providencia.

Antes que nada, se podría responder a estos «positivistas» que el verdadero método positivo, el único que conduce con seguridad al descubrimiento de la verdad y a la constitución de la ciencia positiva, enseña que es necesario aceptar los hechos por sí mismos, cuando está probado que existen, independientemente de la explicación que de ellos pueda darse o dejar de darse. El sentimiento de solidaridad, el espíritu de abnegación y de sacrificio son cosas que existen y que son ejercidos y ejercen una acción poderosa en la historia humana, y si la ciencia no hubiese sabido explicarlos, tanto peor para la ciencia.

«Pero en realidad la ciencia —aun aquella pedantesca darwiniana— puede explicar muy bien el nacimiento y desarrollo de aquellos sentimientos con las ventajas que estos dan en la lucha por la existencia del individuo y de la especie.

Aquellos individuos y aquellos grupos que están mejor dotados de instintos sociales, de sentimientos altruistas, y que por esto se unen, se asocian, se federan entre ellos, vencen en la lucha por la vida y obtienen un mayor progreso. Lo demuestra en su conjunto toda la historia humana, y comienza hoy a demostrarlo también el estudio general de la biología.

Y por otra parte, la existencia de aquellos sentimientos es la contrapartida de la utilidad general y constante del espíritu de solidaridad, puesto que en el fondo el sentimiento no es más que un hábito psíquico, surgido por una circunstancia cualquiera, con o sin intervención del raciocinio, transmitido y fijado por la herencia, y convertido en una necesidad, un modo de moverse y de sentir, a menudo inconsciente, de nuestro ser moral. Los sentimientos son, en cierto modo, los movimientos reflejos de la vida psíquica y constituyen el fondo del ser moral, porque son las adquisiciones más antiguas y por lo tanto mejor fijadas del organismo consciente y pensante.

Nosotros no podríamos negar o destruir los sentimientos sin negar o destruir el hombre, y en lugar de desear, cosa por lo demás imposible, que desaparecieran, debemos procurar refinarlos, ensanchar su alcance, sustituir aquellos que han perdido su razón de ser con otros nuevos más adecuados a las exigencias modernas, en suma, procurar hacer pasar al estado de sentimiento, cuanto más rápidamente sea posible, las conclusiones del raciocinio iluminado por la bondad y la ciencia.

Lo repetimos a modo de conclusión: si el socialismo y la revolución hallan su razón de ser material en la imposibilidad de que se encuentre el proletariado para emanciparse individualmente, en cambio encuentran su fuerza moral y su potencia de atracción en la voluntad que los socialistas y los revolucionarios aplican a no buscar la propia emancipación fuera de la emancipación colectiva.

De aquí el desdoro que todos nosotros sentimos hacia aquellos pobres de corazón que habiendo conseguido, por excepción y de cualquier modo que sea, asegurar su posición, se retraen de la lucha diciendo cínicamente: mi socialismo, o mi anarquismo, se han realizado.

ENRIQUE MALATESTA

Román Rolland, el escritor eminente, el poeta exquisito y humano, ha escrito el siguiente artículo, que en la Francia republicana hubo de ser editado y repartido clandestinamente.

Es una formidable diatriba contra la guerra y un canto infinito de amor a los pueblos que la sufren.

El refugiado de Suiza, «el germanófilo francés», según la expresión de Clemenceau habla ahora, y nosotros, que tentamos ansias inexplicables de escuchar sus críticas aceradas contra el régimen, criticas que hizo imposibles la censura republicana, reproducimos el artículo que va a continuación y que nuestros lectores apreciarán en lo que vale.—N. del T.

do soportar estas visiones sin horrorizarse?

¿Qué hombre civilizado puede pensar sin enrojecer en los masacres de la Mandchuria y en la expedición a China en 1900-1901 donde el emperador alemán enseñaba a sus soldados el ejemplo de Atila, y cuyos ejércitos de la «civilización» rivalizaron en vandalismo, en contra de otra civilización más antigua y elevada? ¿Qué socorros ha prestado el Occidente a las razas perseguidas del Este europeo, judíos, poloneses, finlandeses, etc.? ¿Qué socorros a Turquía y China ansiosas de regenerarse?

Hace ya sesenta años, que la China, invadida por el opio de las Indias, quiso librarse del vicio que la mataba, y después de dos guerras y un tratado humillante, le fue impuesto por Inglaterra este mismo veneno, que en un siglo proporcionó a la Compañía de las Indias Orientales, once mil millones de beneficios.

Y después aún curada ya la China de la terrible enfermedad-morifera por su esfuerzo heroico, ha sido necesario por su sublevamiento de la opinión pública, para que el más civilizado de los Estados de Europa, renunciara a los beneficios que a su caja proporcionaba el vicio de un pueblo.

«Un día—escribió Arnoldo Porred en África, en la Côte d'Or—un misionero me decía cómo los negros se explican que el europeo sea blanco; ¿qué has hecho de tu hermano? Y el Caim negro se quedó descolorido al verse descubierta.»

«La civilización de Europa hiede a cadáver de Jam Fatel...»—decía en la Universidad Imperial de Tokio el gran Hindú Rabindranath Tagore.

«Ella consume los pueblos que invade, y extermina o debilita a las razas que estorban su marcha de conquista.»

«Es esta una civilización de canibales; oprime a los débiles y a su costa se enriquece, y siembra por todas partes odios y envidias y hace el vacío entre ella. Es una civilización científica pero no humana. Concentra todas sus fuerzas con el solo fin de enriquecerse... Con el nombre de patriotismo falta siempre a la palabra empuñada; eleva gigantescos y monstruosos ídolos a la Ganancia que es el dios que adora. Nosotros profetizamos que este sistema no puede perpetuarse.»

«Esta civilización no puede perpetuarse. ¿Lo entendéis bien, europeos? No os tapéis los ojos. Escuchad, interrogámonos nosotros mismos; no hagamos como aquellos que atribuyen al vecino todos los pecados, creyéndose ellos sólo justos.»

En la catástrofe de hoy, todos tenemos nuestra parte de culpa, por voluntarios unos y por debilidad los otros; y tendré en cuenta que no es la debilidad la menos culpable. Apatía de los más, timidez de las gentes honestas, egoísmo céntrico de los hombres de gobierno, ignorancia o cinismo de la prensa; miedoso servilismo de los hombres que piensan y que se hacen los defensores de aquello que estaban obligados a destruir; orgullo despiadado de estos intelectuales que creen en sus ideas más que en la vida del prójimo, y que harían perecer veinte millones de seres humanos a fin de justificar su razón; prudencia política de una Iglesia demasiado romana, en la que San Pedro el pescador se hizo el batelero de la diplomacia; pastores de almas secas y afiladas como un cuchillo, sacrificando el rebaño para purificarlas; fatalismo de los pobres carneros. ¿Quién de nosotros no es culpable? ¿Quién de nosotros tiene el derecho de lavarse las manos de la sangre de la Europa asesinada? Que cada cual reconozca su falta y procure repararla cuanto antes.

Pero he aquí el hecho que domina: Europa no es libre. La voz de los pueblos es ahogada. En la historia del mundo, estos años de guerra se recordarán como los de mayor servidumbre.

Una mitad de Europa ataca a la otra mitad en nombre de la libertad. Y por este combate las dos mitades renuncian a la libertad. Es vano invocar la voluntad de las naciones. Las naciones no existen como personalidades.

Un cuarteto de políticos y algunos periodistas domesticados, hablan con insolencia en nombre de unas u otras naciones. Ningún derecho les asiste para ello; pues ellos apenas si se representan a sí mismos. Ancilla plutocrati... decía ya en 1905 Maurras, denunciando la inteligencia domesticada que pretende a su vez dirigir la opinión y representar la nación.

«¿Quién puede llamarse representante de una nación? ¿Quién ha osado mirar de frente el alma de una nación en guerra? Este monstruo hecho de miríadas de vidas amargadas, diversas, contradictorias, hormigueando en todos sentidos y, no obstante, solitarias como una cadena... Mezcolanza de todos los instintos, de todas las razones y de, todas las sinrazones...»

Golpes de viento llegados del abismo; fuerzas ciegas y furiosas salidas del fondo humeante de la animalidad; vértigo de destruir y destruirse a sí mismo; voracidad de la especie, religión deformada; erección mística del alma borrachas de infinito, buscando la alegría por los sufrimientos de sí y de los demás; despotismo vanidoso de la razón que pretende imponer a los otros la unidad que ella no tiene, pero que la quisiera tener, románticos inflamados de la imaginación que alumbra el recuerdo de los siglos, de la historia patriótica, siempre presta a blandir según las necesidades de la causa, el Voz viciosa de Breno o el Gloria viciosa. Y en revuelto, después de la marea de las pasiones, los dos los demonios secretos que la sociedad rechaza durante el orden y durante la paz. Todos se encuentran atados a la misma cadena. Y cada uno encuentra en sí la

misma confusión de fuerzas, buenas o malas, ligadas, confundidas, todas juntas. Inextricable laberinto. ¿Quién lo dividirá? ¿De dónde viene el sentimiento de la fatalidad que apiasta a los hombres, en presencia de tales crisis? Esta fatalidad no es más que su descorazonamiento ante el esfuerzo múltiple, prolongado, pero no imponible, que es necesario hacer para liberarse. Si cada cual hace cuanto puede no más, esta fatalidad no existiría. Es la resultante de la abdicación de cada uno. Abandonándose a ella cada uno acepta por consiguiente su parte de responsabilidad.

«Pero estas partes no son iguales. Al todo señor, todo honor. En el maremagnum que informa hoy a la política europea, la parte mayor corresponde al dinero. El puño, que tiene la cadena y ata el cuerpo social, es el de Plutus y su banda. Plutus es el verdadero maestro y jefe de los Estados.»

«El es quien ha combado feos casas de comercio y empresas de dudosa honradez. Y no se crea que hacemos únicamente responsables de los males que sufrimos a tal o cual grupo social o a tal o cual individuo.»

Nosotros no somos tan simplistas; nada de cabeza de turco; esto es demasiado cómodo; ni siquiera diremos que los que sin poder se aprovechan de la guerra, la hayan querido, pero sí diremos que ellos quieren ganar con ella de un modo u otro; poco les importa. Ellos se acomodan lo mismo a la paz que a la guerra.

Cuando leemos la historia reciente de los grandes capitalistas alemanes que han adquirido las minas de Normandía, que se han hecho los amos de la quinta parte del subsuelo francés, y que han desarrollado en Francia de 1908 a 1913, por sus grandes intereses, las industrias metalúrgicas y la producción del hierro, de donde han salido los cañones que actualmente barren a los ejércitos alemanes, es cuando nos damos cuenta de que a aquellos seres todo les es indiferente menos el dinero. Hacen como el Midas de la antigüedad: cuanto tocan con sus dedos lo convierten en metal... No les atribuyáis planes tenebrosos. No ven tan lejos. Lo que ellos procuran es enriquecerse mucho en el más breve espacio de tiempo. Lo que en ellos culmina es el egoísmo antisocial, plaga del tiempo. Son simplemente los hombres más representativos de una época esclava del oro. Los intelectuales, la prensa, los políticos, sí, y hasta los gobernantes, son los que a sabiendas o no hacen el juego de los hombres del dinero. Y la estupidez de los pueblos, su fatalista sumisión, su vicio fondo ancestral de salvajismo místico, les entregan sin defensa al viento de la mentira y de la locura que les lanza a entremetarse.

Una frase inicu y cruel pretende que los pueblos tienen siempre el Gobierno que merecen; si esto fuera verdad, sería cosa de desesperar de la humanidad; porque el bolschevismo, que es sencillamente la revolución social que la guerra dejó en suspenso, implica la destrucción de dichas clases conservadoras. Muy justificado me parece, por tanto, todo lo que los Gobiernos y los públicos conservadores de Europa hacen contra la llamada anarquía rusa.

Pero el bolschevismo, como doctrina tolstoiana, socialmente revolucionaria, es una cosa, y el carácter moral de un Lenine (especie de Saint Just ruso) es otra cosa; de modo que se puede atacar el bolschevismo sin decir que Lenine robó el copón. Así lo he entendido, por fin, un republicano español, aladido por más señas, don Marcelino Domingo, al que doy la don porque el Marcelino a ser impropia así como un mandato de iral estanco «a» por tabaco.

«Los hombres de espíritu liberal de nuestro país han cometido el error de callar ante esta leyenda de la anarquía rusa—escribe don Marcelino Domingo—, cierta que para ellos había un problema capital, el problema de la guerra europea, y en él la suerte de los aliados.»

Y que en este problema la suerte de los aliados sufriría graves reveses con la inhibición guerrera de Rusia. Si cierto que para los hombres de espíritu liberal la guerra europea es una intensa revolución mundial, y que una revolución nacional que pueda poner en peligro la gran revolución es más un daño que un bien, es más un obstáculo que un cauce. Si. Pero todo ello no habría de haber impedido que la acción revolucionaria rusa, como acción revolucionaria circunscripta a un cambio de régimen de Gobierno, fuera vindicada, librándola de imputaciones difamatorias. Porque con la difamación no se va a desmoralizar la obra que en Rusia se realiza. ¿Qué importa Rusia a los que la difaman y qué ha de llegar a Rusia de la difamación? A lo que se va a desmoralizar el procedimiento seguido en Rusia para que lo repugnen como solución política los pueblos que anhien moverse en un ambiente de mayor libertad o de mayor dignidad.»

Habia don Marcelino como un libro abierto, y al mismo tiempo da la razón, porque la tiene, a la burguesía europea en su obra destructora de la revolución bolschevista, por su enemiga de la burguesía mundial la cual se opone, como es lógico, a que la anarquía rusa se extienda por Europa en la gigantesca lucha política que hay actualmente, y que es todo lo que hay, porque la guerra hace tiempo que acabó en pleonasmos, en redundancia, en repetición, en lata.

Hice más don Marcelino: defiende a Lenine contra la imputación de ser un pillete, y al efecto, y a pesar de su carácter de aladido jurado, escribe: «Un escritor de sólida documentación sobre los hombres y las cosas de Rusia, N. Tasin, en un estudio sobre los aspectos de la revolución rusa, habla de Lenine. Y su juicio es terminante: «Lenine —dice— es hombre honrado, sobrio, modesto en sus costumbres y no tiene otras pasiones que las de las luchas revolucionarias. Como una gran parte de los revo-

lucionarios rusos, es un hombre que ejerce el ascetismo a ultranza. Aun cuando se ha visto situado en las alturas del Poder, y por consiguiente, en condiciones de vivir con lujo, no ha cambiado sus costumbres, y constituye el escándalo de los diplomáticos por sus trajes demasiado usados. Pobre llegó al Poder y lo abandonará también en la pobreza. No es un hombre que piense en obtener ventajas materiales de la alta situación en que el destino le ha colocado. Lenine no es de los revolucionarios que se venden.»

«Lenine es un escritor, periodista o gacetero español puso muy en claro en este periódico y en El Liberal, de Bilbao, quien es Lenine; pero de lo que estoy cierto es de que don Marcelino no es galante con una actriz rusa, bella además, la Ratirova, quien ha dicho de Lenine y su carácter cosas que han dado la vuelta al

«La bestialidad que se desarrolla, ¿quién podrá hacerla reentrar en la menagerie? Dudo que sean los que la han desentendado, estos domadores que saben muy bien que al fin serán devorados. La sangre corre y es necesario beberla. ¡Emborrachate, pues, civilización! Pero cuando estés harta y cuando la paz reine otra vez sobre diez millones de cadáveres te recordará de tu abyecta borrachera? ¿Osarás ver de frente tu miseria desnuda de las mentiras con que la vestiste? ¿Lo que puede y debe vivir tendrá el valor de desahucarse del mortal abrazo de las instituciones podridas? ¿Pueblos de todas las razas, los más culpables, los menos culpables, pero todos sangrados y sufrientes, hermanos en el dolor, perdonaos. Olvidad los rencores por los cuales perecisteis! ¡Poned en común vuestros ducats, pues ellos afectan a toda la grande familia humana! ¡Es necesario que en el dolor y en la muerte de millones de vuestros hermanos, tengáis consciencia de vuestra unidad profunda; hace falta que esta unidad rota por la guerra, la rehagáis más alta, más espesa, que no pueda en el sucesivo ser destruida ni por los intereses ni por los egoísmos...»

«Si no lo hacéis así, si esta guerra no da como primer fruto, una renovación social en todas las naciones, adiós, Europa, reina del pensamiento, guía de la humanidad! ¡Tú has perdido el camino, tú patinas en un cementerio!»

«¿Tú puesto es ese! ¡Echate! ¡Y que otros conduzcan el mundo!»

ROMAN ROLLAND

(Escrito el 2 de noviembre, día de los difuntos.)

Traducción de M. Buencasa.

Sébase quién es Calleja

Las clases conservadoras de todos los Gobiernos y de todos los públicos de Europa odian mortalmente al bolschevismo, y, a mi ver, tienen razón en odiarlo, porque el bolschevismo, que es sencillamente la revolución social que la guerra dejó en suspenso, implica la destrucción de dichas clases conservadoras. Muy justificado me parece, por tanto, todo lo que los Gobiernos y los públicos conservadores de Europa hacen contra la llamada anarquía rusa.

Pero el bolschevismo, como doctrina tolstoiana, socialmente revolucionaria, es una cosa, y el carácter moral de un Lenine (especie de Saint Just ruso) es otra cosa; de modo que se puede atacar el bolschevismo sin decir que Lenine robó el copón. Así lo he entendido, por fin, un republicano español, aladido por más señas, don Marcelino Domingo, al que doy la don porque el Marcelino a ser impropia así como un mandato de iral estanco «a» por tabaco.

«Los hombres de espíritu liberal de nuestro país han cometido el error de callar ante esta leyenda de la anarquía rusa—escribe don Marcelino Domingo—, cierta que para ellos había un problema capital, el problema de la guerra europea, y en él la suerte de los aliados.»

Y que en este problema la suerte de los aliados sufriría graves reveses con la inhibición guerrera de Rusia. Si cierto que para los hombres de espíritu liberal la guerra europea es una intensa revolución mundial, y que una revolución nacional que pueda poner en peligro la gran revolución es más un daño que un bien, es más un obstáculo que un cauce. Si. Pero todo ello no habría de haber impedido que la acción revolucionaria rusa, como acción revolucionaria circunscripta a un cambio de régimen de Gobierno, fuera vindicada, librándola de imputaciones difamatorias. Porque con la difamación no se va a desmoralizar la obra que en Rusia se realiza. ¿Qué importa Rusia a los que la difaman y qué ha de llegar a Rusia de la difamación? A lo que se va a desmoralizar el procedimiento seguido en Rusia para que lo repugnen como solución política los pueblos que anhien moverse en un ambiente de mayor libertad o de mayor dignidad.»

Habia don Marcelino como un libro abierto, y al mismo tiempo da la razón, porque la tiene, a la burguesía europea en su obra destructora de la revolución bolschevista, por su enemiga de la burguesía mundial la cual se opone, como es lógico, a que la anarquía rusa se extienda por Europa en la gigantesca lucha política que hay actualmente, y que es todo lo que hay, porque la guerra hace tiempo que acabó en pleonasmos, en redundancia, en repetición, en lata.

Hice más don Marcelino: defiende a Lenine contra la imputación de ser un pillete, y al efecto, y a pesar de su carácter de aladido jurado, escribe: «Un escritor de sólida documentación sobre los hombres y las cosas de Rusia, N. Tasin, en un estudio sobre los aspectos de la revolución rusa, habla de Lenine. Y su juicio es terminante: «Lenine —dice— es hombre honrado, sobrio, modesto en sus costumbres y no tiene otras pasiones que las de las luchas revolucionarias. Como una gran parte de los revo-

lucionarios rusos, es un hombre que ejerce el ascetismo a ultranza. Aun cuando se ha visto situado en las alturas del Poder, y por consiguiente, en condiciones de vivir con lujo, no ha cambiado sus costumbres, y constituye el escándalo de los diplomáticos por sus trajes demasiado usados. Pobre llegó al Poder y lo abandonará también en la pobreza. No es un hombre que piense en obtener ventajas materiales de la alta situación en que el destino le ha colocado. Lenine no es de los revolucionarios que se venden.»

«Lenine es un escritor, periodista o gacetero español puso muy en claro en este periódico y en El Liberal, de Bilbao, quien es Lenine; pero de lo que estoy cierto es de que don Marcelino no es galante con una actriz rusa, bella además, la Ratirova, quien ha dicho de Lenine y su carácter cosas que han dado la vuelta al

«La bestialidad que se desarrolla, ¿quién podrá hacerla reentrar en la menagerie? Dudo que sean los que la han desentendado, estos domadores que saben muy bien que al fin serán devorados. La sangre corre y es necesario beberla. ¡Emborrachate, pues, civilización! Pero cuando estés harta y cuando la paz reine otra vez sobre diez millones de cadáveres te recordará de tu abyecta borrachera? ¿Osarás ver de frente tu miseria desnuda de las mentiras con que la vestiste? ¿Lo que puede y debe vivir tendrá el valor de desahucarse del mortal abrazo de las instituciones podridas? ¿Pueblos de todas las razas, los más culpables, los menos culpables, pero todos sangrados y sufrientes, hermanos en el dolor, perdonaos. Olvidad los rencores por los cuales perecisteis! ¡Poned en común vuestros ducats, pues ellos afectan a toda la grande familia humana! ¡Es necesario que en el dolor y en la muerte de millones de vuestros hermanos, tengáis consciencia de vuestra unidad profunda; hace falta que esta unidad rota por la guerra, la rehagáis más alta, más espesa, que no pueda en el sucesivo ser destruida ni por los intereses ni por los egoísmos...»

«Si no lo hacéis así, si esta guerra no da como primer fruto, una renovación social en todas las naciones, adiós, Europa, reina del pensamiento, guía de la humanidad! ¡Tú has perdido el camino, tú patinas en un cementerio!»

«¿Tú puesto es ese! ¡Echate! ¡Y que otros conduzcan el mundo!»

ROMAN ROLLAND

(Escrito el 2 de noviembre, día de los difuntos.)

Traducción de M. Buencasa.

lucionarios rusos, es un hombre que ejerce el ascetismo a ultranza. Aun cuando se ha visto situado en las alturas del Poder, y por consiguiente, en condiciones de vivir con lujo, no ha cambiado sus costumbres, y constituye el escándalo de los diplomáticos por sus trajes demasiado usados. Pobre llegó al Poder y lo abandonará también en la pobreza. No es un hombre que piense en obtener ventajas materiales de la alta situación en que el destino le ha colocado. Lenine no es de los revolucionarios que se venden.»

«Lenine es un escritor, periodista o gacetero español puso muy en claro en este periódico y en El Liberal, de Bilbao, quien es Lenine; pero de lo que estoy cierto es de que don Marcelino no es galante con una actriz rusa, bella además, la Ratirova, quien ha dicho de Lenine y su carácter cosas que han dado la vuelta al

«La bestialidad que se desarrolla, ¿quién podrá hacerla reentrar en la menagerie? Dudo que sean los que la han desentendado, estos domadores que saben muy bien que al fin serán devorados. La sangre corre y es necesario beberla. ¡Emborrachate, pues, civilización! Pero cuando estés harta y cuando la paz reine otra vez sobre diez millones de cadáveres te recordará de tu abyecta borrachera? ¿Osarás ver de frente tu miseria desnuda de las mentiras con que la vestiste? ¿Lo que puede y debe vivir tendrá el valor de desahucarse del mortal abrazo de las instituciones podridas? ¿Pueblos de todas las razas, los más culpables, los menos culpables, pero todos sangrados y sufrientes, hermanos en el dolor, perdonaos. Olvidad los rencores por los cuales perecisteis! ¡Poned en común vuestros ducats, pues ellos afectan a toda la grande familia humana! ¡Es necesario que en el dolor y en la muerte de millones de vuestros hermanos, tengáis consciencia de vuestra unidad profunda; hace falta que esta unidad rota por la guerra, la rehagáis más alta, más espesa, que no pueda en el sucesivo ser destruida ni por los intereses ni por los egoísmos...»

«Si no lo hacéis así, si esta guerra no da como primer fruto, una renovación social en todas las naciones, adiós, Europa, reina del pensamiento, guía de la humanidad! ¡Tú has perdido el camino, tú patinas en un cementerio!»

«¿Tú puesto es ese! ¡Echate! ¡Y que otros conduzcan el mundo!»

ROMAN ROLLAND

(Escrito el 2 de noviembre, día de los difuntos.)

Traducción de M. Buencasa.

lucionarios rusos, es un hombre que ejerce el ascetismo a ultranza. Aun cuando se ha visto situado en las alturas del Poder, y por consiguiente, en condiciones de vivir con lujo, no ha cambiado sus costumbres, y constituye el escándalo de los diplomáticos por sus trajes demasiado usados. Pobre llegó al Poder y lo abandonará también en la pobreza. No es un hombre que piense en obtener ventajas materiales de la alta situación en que el destino le ha colocado. Lenine no es de los revolucionarios que se venden.»

«Lenine es un escritor, periodista o gacetero español puso muy en claro en este periódico y en El Liberal, de Bilbao, quien es Lenine; pero de lo que estoy cierto es de que don Marcelino no es galante con una actriz rusa, bella además, la Ratirova, quien ha dicho de Lenine y su carácter cosas que han dado la vuelta al

«La bestialidad que se desarrolla, ¿quién podrá hacerla reentrar en la menagerie? Dudo que sean los que la han desentendado, estos domadores que saben muy bien que al fin serán devorados. La sangre corre y es necesario beberla. ¡Emborrachate, pues, civilización! Pero cuando estés harta y cuando la paz reine otra vez sobre diez millones de cadáveres te recordará de tu abyecta borrachera? ¿Osarás ver de frente tu miseria desnuda de las mentiras con que la vestiste? ¿Lo que puede y debe vivir tendrá el valor de desahucarse del mortal abrazo de las instituciones podridas? ¿Pueblos de todas las razas, los más culpables, los menos culpables, pero todos sangrados y sufrientes, hermanos en el dolor, perdonaos. Olvidad los rencores por los cuales perecisteis! ¡Poned en común vuestros ducats, pues ellos afectan a toda la grande familia humana! ¡Es necesario que en el dolor y en la muerte de millones de vuestros hermanos, tengáis consciencia de vuestra unidad profunda; hace falta que esta unidad rota por la guerra, la rehagáis más alta, más espesa, que no pueda en el sucesivo ser destruida ni por los intereses ni por los egoísmos...»

«Si no lo hacéis así, si esta guerra no da como primer fruto, una renovación social en todas las naciones, adiós, Europa, reina del pensamiento, guía de la humanidad! ¡Tú has perdido el camino, tú patinas en un cementerio!»

«¿Tú puesto es ese! ¡Echate! ¡Y que otros conduzcan el mundo!»

ROMAN ROLLAND

(Escrito el 2 de noviembre, día de los difuntos.)

Traducción de M. Buencasa.

han sido siempre las resultantes de las doctrinas segundas. Pretender que el hombre no siga una doctrina es tener el reguero casi al estado de cosa; esto es, que obre, no impulsado de la razón, sino movido por las energías externas, la briza de paja va donde la lleva, el viento; la mariposa, atraída por la luz, quem en ella sus alas; el mar, el sol, el universo mismo, no pueden oponerse a las energías que los fuerzan a moverse en un determinado modo; sólo el hombre, aun estando suet como cuando en el universo existe, a influencia de las energías internas y externas, puede burlar la furia de los vendavos, gozar de la luz, del fuego, sin dahars utilizar en provecho propio potentísimas energías destructoras; en fin, puede, siempre en su modo relativo se entiende, moverse, vivir como le plazca. Todo por lo que he tratado, analizando, probando ha logrado explicar multitud de fenómenos, tales, que una vez comprendidos, han sido llamados para enseñarlos, ha sido llamado como principios y ha sido serriados, ha constituido la base de la ciencia científica para enseñar de las ciencias generacionales. Desconociéndola, siéndola, se puede ser poco útil e inhumano y a los demás.

«Es por eso que nosotros precisamos ahora que se ha dado en llamar, a los anarquistas, tiránica toda doctrina, y nos a hacer doctrina, porque creemos mamente que la posibilidad de un full bienestar para la humanidad, toda, depende de aprender, enseñar y seguir las sanas doctrinas formuladas mediante el estudio y la experiencia por los hombres rectos.»

«Todo principio trae consigo preceptos que determinan su razón de ser. Estos preceptos constituyen la doctrina. El principio socialista-anarquista, o no es un principio, o si lo es determina un número de preceptos que, trasgredidos, niegan el principio mismo. Y estos preceptos, cuando no son bien conocidos, fácilmente se violan. Por eso la labor primordial del anarquista debe ser la de hacer doctrina, con sus palabras, con sus escritos, con sus actos, como lo hacen cuantos se dedican a cualquier rama especial de la ciencia, demostrando, mediante la experimentación de los hechos, la base científica del principio mismo.»

«Sólo cuando los hechos demuestran falso el principio, debe abandonarse la doctrina como dañina. Mas, hasta ahora, de nuestra experimentación resulta que si el partido anarquista ha decaído, desaparecido casi como tal, débese únicamente a haberse apartado de la doctrina que proclamaba, a no haber seguido los preceptos determinados del principio que le dio vida. Las desviaciones han sido tantas y tales, que es ya casi indistinguible. En su nombre se deducen conceptos verdaderamente antitéticos. Necesitate, pues, compulsar, ver de nuevo cuales son las deducciones que naturalmente emanan del principio y constituyen su doctrina.»

«Que es lo que trataremos de hacer en próximos números.»

«Sólo cuando los hechos demuestran falso el principio, debe abandonarse la doctrina como dañina. Mas, hasta ahora, de nuestra experimentación resulta que si el partido anarquista ha decaído, desaparecido casi como tal, débese únicamente a haberse apartado de la doctrina que proclamaba, a no haber seguido los preceptos determinados del principio que le dio vida. Las desviaciones han sido tantas y tales, que es ya casi indistinguible. En su nombre se deducen conceptos verdaderamente antitéticos. Necesitate, pues, compulsar, ver de nuevo cuales son las deducciones que naturalmente emanan del principio y constituyen su doctrina.»

«Que es lo que trataremos de hacer en próximos números.»

PEDRO ESTEVE

pero, tan pocos, que se pierden en la totalidad del conjunto.

«El proceso general de nuestras organizaciones es de una desesperante monotonía: se reúnen diez camaradas, organizan en agrupación; desarrollan una neurasténica actividad dos meses, cinco meses,